

Un acontecer que fluye a contracorriente

Pedro Tomé Martín
Universidad de Salamanca

Poco después de que el sol aparezca por el naciente tapatio, las torres de la basílica de Zapopan comienzan a iluminarse y reflejar sus rayos. Es el momento que espera una informe multitud para adueñarse pacífica y paulatinamente de las calles aledañas. Vías como Eva Briseño, Emiliano Zapata, 20 de Noviembre, Juárez o Hidalgo, por no reseñar lo que acontece ante las puertas de la propia Basílica, se convierten en el escenario por el que compradores, transeúntes, curiosos, peregrinos, demandantes de servicios, ociosos y toda suerte de personas inetiquetables se desenvuelven. La disparidad de ritmos configura una coreografía urbana que da una definida personalidad a la que antaño fuera villa maicera y hoy es ciudad conurbada. Mientras, la esquina que une y separa las calles 5 de Mayo y Javier Mina parece permanecer ajena a esta vorágine. Es justamente tras los muros de dicha arista "a un costado de la Basílica", donde se halla El Colegio de Jalisco.

Una lluviosa mañana al comenzar el verano de 1997, franquee por vez primera las puertas de dicho edificio. Nada más hacerlo, descubrí que el sosiego era mera apariencia y que no pocas personas se afanaban en un trajín tan arrítmico como acompasado: manos descolgando teléfonos o tecleando apresuradas letras que al instante hallaban reflejo en pantallas iluminadas; brillos que aparecían tras el paso lento de trapeadores; palabras en tonos distintos que se intercambiaban en despachos abiertos, se susurraban en pasillos o escuchaban al pie de una

mesa, diluidas en el aire por el arrastrar de hojas de palma en el suelo del patio; vehículos empeñados en sor-tear un sublime y molesto tronco arbóreo; gentes cargan-do libros de un lugar a otro; en suma, todo un mundo de actividad. Por una angosta escalera, que quiere ser de ca-racol y queda en quiebro al aire, accedimos hasta la Pre-sidencia de la Institución donde, amablemente recibidos, pude hacerme una cabal idea de cuáles eran los objetos que El Colegio de Jalisco pretendía alcanzar.

Tras esta primera estancia, tan breve como intensa, he tenido la fortuna de cruzar año tras año las puertas abiertas de El Colegio de Jalisco para gozar de estadias de variable duración. Tales permanencias me han per-mitido escudriñar desde una perspectiva de concurren-te algunos aconteceres internos de El Colegio de Jalisco; acaecerres que desde particular y subjetiva atalaya pre-tendo desgranar en lo que sigue.

Adversum positivismus

La pretensión de alcanzar el saber universal guiaba la creación de las universidades -de ahí su nombre- que hace ahora setecientos años empezaron a proliferar lentamente por toda Europa. Hoy día, dada su material imposibilidad, dicha aspiración ha sido abandonada por las instituciones que se dedican tanto a la docencia como a la investigación. Hay, sin embargo, otro tipo de universalidad que parece permearlas: la vinculación con los aparatos políticos y productivos. Como conse-cuencia de tales nexos, los científicos se encuentran con una reiterada solicitud de neutralidad emanada desde las instancias aludidas, cuya traducción al ám-bito de la pesquisa se concreta en la reducción de la mis-ma a la búsqueda de soluciones técnicas a problemas no menos técnicos o al análisis e indagación de aque-llos aspectos de la vida humana que no produzcan per-turbación especial en el ámbito institucional.

No se trata de que la percepción social pueda no ajustarse a lo que verdaderamente hace el científico,

sino del hecho de que las condiciones sociopolíticas imperantes afectan directamente a los contextos cambiantes de justificación y descubrimiento. Por tal motivo, estos condicionantes deben ser insertados en la lógica de la investigación científica para comprender cabalmente su funcionamiento. De hecho, desde un punto de vista metodológico, esta presión supone que cualquier conocimiento que no conlleve una explícita pretensión de objetividad es desplazado inmediatamente del ámbito de lo científico. Por lo mismo, no tomar en consideración su influencia conlleva una nítida incapacidad para entender los resultados a los que numerosos científicos llegan en sus indagaciones.

Sin embargo, sabemos fehacientemente que el marco categorial de lo que Husserl denominara el "mundo de la vida" es constitutivo de cualquier tipo de conocimiento, incluido el científico. Desde esta perspectiva, la desconsideración de la comprensión frente al "conocimiento objetivo" se presenta como una cosificación, una completa autoobjetivación, dirían Horkheimer y Adorno, del ámbito de la intersubjetividad. O lo que es lo mismo, cualquier anhelo de objetivismo, como fundamento de un programa cientifista incluye una práctica social alienada en la medida en que no es capaz de reconstruir el saber preteórico y preconstituyente en el que toda experiencia, incluida la científica, se origina.

Sirva este metateórico *excursus*, simplificador de las disputas epistemológicas a las que las ciencias sociales se han visto abocadas desde Dilthey,¹ para abordar desde una perspectiva amplia lo que creo es una de las señas de identidad de El Colegio de Jalisco. Si la diferencia entre los dos modelos de conocimiento aludidos tiene que ver básicamente con la presencia o ausencia de la intersubjetividad, podría decirse, o al menos así quisiera verlo quien esto escribe, que El Colegio de Jalisco se inclina nítidamente hacia una práctica investigadora vinculada a una actitud performativa dirigida a la elucidación de fines prácticos, en el sentido kantiano del término, y de la relación entre éstos y los medios.²

1. Por supuesto, la polémica afecta también a aquéllas arrogantes e ingenuas disciplinas del saber que no se auto-conceptúan como ciencias sociales y que, por tanto, en buena lógica deberían ser llamadas "asociales".
2. Soy suficientemente consciente que la generalización excesiva conduce al error. Como más adelante señalaré, uno de los aspectos más interesantes de El Colegio de Jalisco es su empeñada defensa de que cada investigador profundice en el ámbito de su trabajo desde su propia perspectiva. Por tanto, aunque no se indique en cada caso, tras toda afirmación general que se presente en estas páginas, debe sobreentenderse que existen excepciones totalmente legítimas y deseables.

Ciertamente cada investigador que se dedica a escudriñar la realidad social desde la plataforma de El Colegio de Jalisco parte desde posiciones teórico-metodológicas propias. Sin embargo, un somero análisis de la actividad de El Colegio de Jalisco permite detectar con facilidad la predominancia de una actitud realizativa no objetivante, tanto en los aspectos vinculados a la docencia como a la investigación.

Así, el programa del doctorado en Ciencias Sociales que espera sus primeros frutos en forma de racimo de tesis para este mismo año, declaraba tener entre sus objetivos primordiales la formación de investigadores capaces de generar teorías vinculadas a problemas sociales. No se trata, por tanto, de generar técnicos, campo que se deja expedito para aquellas instituciones cuyo ideario, expresado siempre en altisonantes términos, hace de la bandera de la neutralidad, siempre almenada pero nunca realizada, guía y estela a la que seguir.

Obviamente, la formación de esta nueva hornada de científicos sociales, duchos en el arte del manejo de las teorías y sus aplicaciones, sólo ha sido posible, como me consta, con una adecuada profundización tanto en el actual pensamiento de dichas ciencias como, sobre todo, gracias al cultivo pormenorizado de los clásicos. No hay duda de que abordar frutos de pensadores ilustrados centroeuropeos y americanos, así como de filósofos medievales o aún helénicos, como mecanismo para comprender algunos fenómenos contemporáneos puede resultar profundamente revolucionario en un contexto en el que la "moda científica" ha establecido como axioma no leer nada cuya antigüedad exceda de quince años y no venga en inglés.

La misma actitud puede hallarse en el ámbito investigador. Si por doquier impera un positivismo de nueva apariencia y rancio cuño en el que el dato se enseñoorea en las monografías científicas, El Colegio de Jalisco abunda en recientes producciones que marcadamente basculan hacia lo interpretativo o reconstructivo.

Cuando algunos historiadores reducen su indagación a la traslación "objetiva" del documento sin más

3. Todos los títulos que aparecen en el texto han sido editados por El Colegio de Jalisco. Habida cuenta de que se trata de una reflexión sobre el mismo he preferido no nombrar a ninguno de sus investigadores en particular. No se trata de minusvalorarlos: tanto en público como en privado, he sostenido siempre que su mayor riqueza son sus recursos humanos, sus gentes, con independencia del lugar que ocupen. Nombrar a algunos y no citar a otros que por descuido pudieran quedarse en el tintero y cuyo trabajo es igualmente importante sería descortesía de impropio tamaño. No dar, por tanto, nombre privativo alguno debe entenderse como explícito reconocimiento a todos y cada uno de ellos.

4. Resulta muy fácil abandonarse a posturas esencialistas y recurrir al "ser" -quién sabe qué sea, si es, que no es- que "se dice de muchas maneras" (Aristóteles *dixit*), para justificar todo aquello de lo que no tenemos conocimiento fundado. Sea como fuere, y dado que preferimos situarnos en la estela del cantor popular que rasgaba su guitarra recordando que "más vale caminar con una duda que con un mal axioma", no tomamos en cuenta más esencias que las que aparecen guardadas en los frascos de perfume.

comentario que el color de su tinta y la hondura de sus rasguños, El Colegio de Jalisco publica un *Álbum del tiempo perdido*³ en el que la pintura resulta trasunto metafórico de la cotidianidad tapatía o un ensayo con el sugerente título de *Los silencios de la historia: las cristeras*. No es cuestión sólo de títulos. Esta última obra, analizando el papel de las mujeres en "la cristiada" aborda de un modo práctico la cuestión de la vinculación entre ciencia y creación artística, entre historia y novela. No se trata en la misma de mostrar al modo postmoderno que la historia o las ciencias sociales son una forma de literatura, sino de insertar a ésta dentro de aquéllas con la convicción de que contribuye de forma decisiva a incrementar lo que podemos saber acerca de una sociedad.

Dicho sea de paso, la investigación que sitúa a la literatura como objeto de estudio no resulta novedosa en El Colegio de Jalisco. Baste recordar para apuntalar tal afirmación, la reflexión acerca de la novela que mostraba su desenvolvimiento desde la Revolución a la unidad de la literatura iberoamericana o el análisis que, so pretexto de dar a conocer las tierras en que vivió Juan Rulfo, se formulaba acerca de la literatura europea centrada en el ámbito rural. En la misma línea hay que situar *Al filo de Yáñez*, edición con la que se conmemoró el quincuagésimo aniversario de la primera edición de la obra más conocida del de Yahualica.

Esta mínima relación no implica que El Colegio de Jalisco haya centrado su tarea indagadora en un irreflexivo poetizar pensante que, haciendo del "lenguaje la casa del ser" al modo heideggeriano, se abandone en un cierto irracionalismo fruto de la creencia de que el ser se muestra mediante la concatenación de diversas aperturas del mismo a través de sistemas metafóricos que hacen posible nuestra experiencia del mundo.⁴ Es más, aunque la hermenéutica gadameriana ha hallado eco en Zapopan, todavía son minoría los investigadores de El Colegio de Jalisco que la ven más próxima a la verdad que al método. Por ello, no es de extrañar que, desde posiciones menos esencialistas, se acuda a grandes escritores atendiendo a ópticas no explícitamente litera-

rias. Tal ocurre, por ejemplo, en *Vida y obra de Agustín Yáñez* donde, con especial detenimiento en su actividad pública, se recuerdan las múltiples facetas por las que discurrió el trayecto vital del mencionado. Algo similar ocurre con los *Ensayos indigenistas* en los que se muestra cómo un jalisciense, Francisco Rojas González, de merecida fama por sus inagotables e imaginativos cuentos fue también uno de los pioneros de la antropología mexicana.

No son, por cierto, estos los únicos ensayos de corte indigenista publicados por El Colegio de Jalisco. Un año antes de que un aldabonazo en el sureste mexicano recordara al mundo que los indígenas no son sólo vivencia prehispánica mostrada en vitrales museísticos, El Colegio de Jalisco había celebrado ya un coloquio de nahuatlato. Sin tiempo casi para digerir los efectos de la indianización del debate político aparecería *La flecha en el blanco* en la que se muestra el proceso de conversión que, forzado por las circunstancias, sufre Tenamaztle en tierras castellanas. Las armas se trocaron en palabras y, unidas a las de fray Bartolomé de las Casas, aún resuenan como una de las primeras vindicaciones en defensa de los derechos indígenas. Por otra parte, en 1996, líderes indígenas, junto con investigadores, dejaron oír su voz aprovechando el foro que El Colegio de Jalisco ofrecía.

La mitología de los huicholes, edición que incluye más de doscientas fotografías de las que compusieron esta primera obra con la que la antropología norteamericana se acercó a los wixárika, es un soberbio corolario, por el momento, a una práctica de defensa de la heterogeneidad que las investigaciones promovidas por El Colegio de Jalisco han llevado a cabo.

La diferencia como condición de la igualdad

Aunque cuando estas letras se lean el tercer milenio habrá sido inaugurado ya, la mayor parte de los científicos sociales siguen manejando una decimonónica y

tayloriana definición de la cultura que tácitamente la identifica con un proceso homogeneizador. Si bien algunos de los que laboran en El Colegio de Jalisco participan de tal concepción, lo cierto es que la práctica investigadora del mismo, concretada en una amplia labor editorial que sobrepasa los doscientos títulos y el centenar de artículos aparecidos en sus revistas, es ejemplo nítido de la diversidad social que cubre todos los ámbitos de la vida. Así, por ejemplo, si tornamos la mirada hacia la capital del estado de Jalisco podremos descubrir cómo ha sido vista desde una pluralidad de perspectivas que se asoman a aspectos tan variados como el desarrollo urbano, la educación, las culturas juveniles, la atención a los menores en situación extraordinaria, las elecciones políticas, la alteridad religiosa consolidada o la “nueva era” que nace. Por la misma razón, la personalidad diferencial de cada uno de los municipios que componen “la mancha urbana” es una constante de tales reflexiones.

Algo similar ocurre con el estado de Jalisco en su conjunto. Más allá de los tópicos, la presencia de las distintas regiones que lo conforman está presente en las investigaciones de El Colegio. El sur del estado ha recibido particular atención, si bien no menos que la costa o Los Altos. Si de rancheros se habla, la balanza se equilibra con investigaciones acerca de *El mundo de los hombres del mar*. No se trata sólo de pescadores, aunque sean los del Rosita. Las aproximaciones variadas a Puerto Vallarta, incluyendo un Programa de Estudios Vallartenses, muestran la complejidad de una sociedad en construcción. En esta misma línea, hay que destacar los primeros frutos que están surgiendo de un nuevo proyecto que en pocos años se convertirá en santo y seña de El Colegio de Jalisco: el Norte. Iniciados sus primeros pasos hace ya algún tiempo, la participación en el mismo de un equipo de investigadores de formaciones plurales permite aventurar que en breve se convertirá en referencia inexcusable de El Colegio de Jalisco. A su vez, es tal el afán que conlleva, que no sería de extrañar que en los venideros tratados de ciencias

sociales el Norte de Jalisco sea conocido como la región que estudió El Colegio.

Con todo, la defensa de la diversidad intraestatal no es sólo de orden teórico. Los diplomados de El Colegio de Jalisco, por los que han pasado cerca de cuatro mil personas buscando formarse en la cultura jalisciense, se desarrollan en veinticinco sedes diferentes repartidas por todo el estado. Cabe decir, al respecto de esta práctica docente que, en cualquiera de las modalidades en que se desarrolla, cuenta con una base sólida fundada en un equipo fuertemente cohesionado que domina las habilidades discentes en la misma medida que la investigación de alto nivel. Una somera mirada al catálogo de publicaciones de El Colegio de Jalisco permite certificar que la expresión según la cual “se inicia una nueva fase en la investigación atendiendo a un tema, el educativo, no contemplado hasta ahora”, se ha reiterado en tal cantidad de ocasiones que es un mero cliché que se amolda perfectamente a la presentación de las no pocas obras que se han ocupado del tema: *La Escuela Normal de Jalisco en su centenario*, *La enseñanza media en Jalisco (siglo XIX)*, *Educadores jaliscienses*, *La educación superior en el occidente de México*, *La educación superior en Jalisco. Hoy y Mañana...*

A pesar de que no falta quien legítimamente defienda lo opuesto, El Colegio de Jalisco está mostrando desde hace años que, contrariamente a lo que afirmaran Abraham Kardiner, Erich Fromm u otros representantes de la Escuela de Cultura y Personalidad que tanta influencia sigue teniendo hoy día, la cultura no es sólo una matriz en la que los individuos se desarrollan. Frente a los que, siguiendo los pasos de Ruth Benedict, consideran que la cultura es un proceso configurador del que pueden esperarse comportamientos semejantes de personas diversas que la comparten, obras como *Centralismo e historia* demuestran fehacientemente, desde posicionamientos teóricos rigurosos, la imposibilidad de seguir defendiendo la existencia de una “personalidad modal” o un “carácter nacional” que vaya más allá de puntuales exaltaciones patrióticas que, en

todo caso, se construyen en perspectiva de futuro y con miras al pasado.

La mirada al porvenir viene confirmada por el hecho de que la mayor parte de las investigaciones se vierten en la formación de científicos sociales a través de los programas de maestría y doctorado. Tres elementos de esta formación llaman poderosamente la atención. Para los que, cual es el caso del que suscribe, nos vemos en la necesidad de impartir nuestras innumerables clases en grupos que habitualmente sobrepasan las doscientas personas en el aula, situarse en la misma tesitura ante un conjunto cuyo número rara vez excede al de los dedos de las manos, resulta una experiencia tan complaciente como estimulante.

En segunda instancia, la escasez de alumnado es fruto de un riguroso proceso de selección. En un momento en el que la proliferación de universidades privadas junto a las públicas tradicionales ha desatado una feroz competencia en la captación de alumnos, El Colegio de Jalisco parece permanecer totalmente ajeno a esa competitividad. La razón de esta tranquilidad parece descansar en una nítida definición de las propias señas de identidad de la institución, que genera un proceso selectivo previo por el que se excluye del mercado estudiantil a una gran parte de la población. Es decir, en lugar de abocarse a una lucha desmedida por tener más alumnos. El Colegio de Jalisco parte de la premisa de que en el proceso formativo en áreas muy específicas es preciso sustituir la cantidad por la calidad, lo que es posible solamente con pocos alumnos. Por tanto, el inicio de una Maestría en Estudios Regionales o del Doctorado en Ciencias Sociales se convierte no en un proceso de búsqueda, sino de elección de alumnos de alto nivel.

No debe interpretarse esta última afirmación en el sentido de que se busque deliberadamente que los que llegan a la maestría o al doctorado de El Colegio de Jalisco sean los mejores. De nada serviría captar grandes lumbreras para despeñarlas después por el camino de la negligencia. Es decir, lo que se pretende es que la altura de miras, la aspiración a la excelencia, sea el resultado

del periodo de escolarización. Por tanto, en lo que respecta a los programas señalados, El Colegio de Jalisco, en la reiterada carrera entre Aquiles, el de los pies ligeros, y la tortuga de la que nos hablara el viejo Zenón de Elea, apuesta siempre por la tortuga.⁵

El ejercicio selectivo tiene que ver con el tercero de los factores que condicionan y explican la práctica docente de El Colegio de Jalisco: la subordinación de la misma a la investigación. Mientras en la mayor parte de las universidades de desmedido tamaño o en los sistemas educativos regularizados es uso corriente que los investigadores se conviertan exclusivamente en docentes, dejando la indagación para el tiempo libre, El Colegio de Jalisco ha optado por el sistema opuesto: aquí los investigadores hacen lo que tal categoría sugiere y utilizan la escasa docencia para reforzar la tarea que centra todas sus actividades. No se trata, por tanto, como habitualmente sucede en numerosos lugares, que los maestros entren en las aulas prestos a impartir magistral conferencia que se repite *ad infinitum* año tras año en la confianza de que los alumnos serán distintos. Si un día las hojas que ahora amarillean por el paso del tiempo fueron orgullo de sapiencia, hoy son solamente manifestación externa de la extrema esclerosis de la inteligencia.

La vacuna contra tan arcaico como tenebroso y extendido mal, producto de la reiteración y la imposibilidad material de la renovación, se halla en la coacción de la investigación. Si la práctica docente en la que el investigador participa, cual ocurre en El Colegio de Jalisco, es concebida como parte del proceso de contrastación, justamente aquélla en la que las ideas reciben las primeras críticas antes de llegar a elaboración definitiva, los desvelos del que investiga se ven alentados en la misma medida en que la formación de los escolarizados se incrementa. Así, el resultado de múltiples investigaciones que aparecen individuales son siempre fruto de un pensar común en el que todas las partes se benefician.

5. Lo que hace que algunos de los que participan y sufren este duro proceso recuerden esta paradoja en términos de Lewis Carroll mediante la combinación inadecuada de los términos "tortuga" y "tortura".

Un ombligo transfronterizo

Existe una clave de bóveda que garantiza que este arco se mantenga en pie: la garantía de autonomía que los investigadores gozan en su trabajo. La inexistencia de interferencias no científicas en el proceso de indagación, facilita la creación de una empatía entre el investigador y el objeto de su estudio que se traduce en un compromiso emocional. Consecuentemente, si se compara con otras entidades semejantes e incluso de mayor tamaño dedicadas a la investigación, la producción científica de El Colegio de Jalisco resulta favorablemente desproporcionada. Pero, no se trata sólo de cuantía: aunque la botica es grande, no hay de todo; una exigencia continuada de calidad prevalece en su tono editorial.

La independencia operativa de los investigadores permite extender la indagación hacia aspectos de la vida social que de otra forma pasarían desapercibidos. Sin embargo, ello no significa que no exista una directriz común: Jalisco y, por extensión, el occidente mexicano están perpetuamente en la mira. Desde todos los ángulos imaginables, desde todas las perspectivas, Jalisco ha sido y está siendo escrutado por los investigadores de El Colegio. Si, nuevamente, atendemos a los objetivos que persigue el programa de doctorado en Ciencias Sociales, descubrimos que éste estudia básicamente “los complejos problemas del desarrollo de la sociedad en el Estado de Jalisco, en el Occidente de México y, por supuesto, su interrelación con los que se presentan en el País”.

Ahora bien, no se trata de una ensimismada mirada a la torre del campanario local, pues en el mismo lugar se asevera que “el diseño del Programa de Doctorado provee la preparación de especialistas en los problemas del Estado de Jalisco y del País en su conjunto, así como el desarrollo de la capacidad para el ejercicio comparativo con otras áreas culturales del mundo”.⁶ Tal vez sea por eso por lo que no resulta extraño escuchar una conferencia sobre el tequila en la recoleta ciudad castellana de Zamora o sobre el “rebaño sagrado”

6. Vid. www.class.udg.mx/~coljal/

-las "chivas" del Guadalajara-en el gélido Chicago. De igual modo, es posible tener la fortuna de escuchar a un investigador de El Colegio de Jalisco disertar sobre el obispo Cabañas, navarro de origen, en el País Vasco español o hallar a otro reflexionando en voz alta sobre la conformación de las fronteras en Idanha-a-Nova en el fronterizo departamento portugués de Castêlo-Branco.

Más allá de la coloquial expresión "Jalisco, cuna y esencia de la humanidad", utilizada como provocador banderín de enganche tanto en lugares remotos como cercanos, se descubre un espíritu crítico que obliga al continuo contraste entre lo que se piensa y lo que se hace en Jalisco. En la misma medida en que las ciudades jaliscienses se analizan comparativamente con otras del occidente, se observa la repercusión de la tan cacareada globalización en Jalisco, en México y en el resto del mundo. Si aparece una obra sobre ritos electorales jaliscienses, al poco tiempo le sigue otra de quien fuera canciller mexicano analizando la doctrina y la práctica política de México y, más recientemente, otra colectiva que refleja los discursos sobre Iberoamérica que en El Colegio de Jalisco pronunciaron el vicepresidente del gobierno boliviano así como líderes indígenas o investigadores del propio Colegio.

Esta ampliación de horizontes, desde Guadalajara a Iberoamérica continúa su proyección al exterior. Las más de las veces, so pretexto de dar a conocer las bondades del licor destilado del agave y cuyo nombre se identifica no sólo con el de una localidad, Tequila, sino con el de todo el estado de Jalisco, ha habido presencia institucional de El Colegio de Jalisco en el norte y en el sur del continente, desde las cálidas tierras californianas o las frías canadienses, hasta las europeizadas calles de Buenos Aires o en la trastienda de las siempre sugerentes playas del Brasil. En otras ocasiones, con propósitos diferentes, bien de forma individual, bien representado por un grupo compacto, El Colegio de Jalisco ha estado presente en Puerto Rico, Guatemala,

Francia o España, por citar algunos destinos allende las fronteras mexicanas.

Por cierto que, en este sentido, no está demás indicar que El Colegio ha sido protagonista de un hecho excepcional en las ciencias sociales y que se ha concretado en un convenio de cooperación científica con proyección internacional. Lo excepcional no es que haya convenios, sino que éstos, tras las protocolarias palabras, se lleven a efecto. Tuvo lugar la firma del mismo en la amurallada y teresiana ciudad de Ávila, en España. Merced a tal acuerdo, por vez primera en la historia de la antropología dos antropólogos de nacionalidades diferentes estudian conjuntamente los países de origen de ambos sin recurrir a la fácil yuxtaposición. Por otra parte, supone una de las contadas ocasiones en que un investigador social mexicano estudia *in situ* culturas ibéricas. Al respecto no es ocioso mencionar que tanto los académicos europeos como iberoamericanos han asumido desde hace tiempo que resulta un hecho normal la visita de los primeros al continente americano al sur del Río Grande. No hay costumbre y produce, por tanto, cierta estupefacción el que un estudioso de El Colegio de Jalisco, consecuentemente ciudadano procedente de un lugar periférico respecto de las actuales metrópolis, cometa la osadía de ir a estudiar a los habitantes de un primer mundo que no lo es ni por orden alfabético.

Este ámbito de la reflexión antropológica presenta, asimismo, otra faceta interesante y que sitúa, una vez más, a El Colegio de Jalisco a contracorriente pero fluyendo. Como consecuencia de las múltiples crisis de identidad que la disciplina ha sufrido en las últimas décadas, la mayor parte de los antropólogos han optado por encerrarse en sus despachos para analizar el mundo con mayor comodidad. Esta vuelta a la "antropología de biblioteca", que incluye una no consciente recaída en algunos de los vicios teóricos de los orígenes de la disciplina, si bien ahora por motivos diferentes, encierra a los antropólogos en burbujas protectoras de cualquier crítica políticamente correcta. A cambio, el precio que se paga es el abandono del trabajo de campo. Pues bien, en ese contex-

to, los antropólogos de El Colegio de Jalisco vuelven a la máxima de los maestros según la cual el inicio del quehacer antropológico se halla en los pies para luego utilizar la cabeza. *Entre mundos*, por ejemplo, sería cabal paradigma de la antropología en el campo, pero es sólo “cabeza de puente” de otras obras que están por venir. El ya reseñado proyecto acerca del Norte de Jalisco será, en este contexto, prueba de fuego.

Todas estas obras de producción propia deben sumarse a la nada desdeñable cifra de 70 mil ejemplares para comprender en su justa dimensión uno de los tesoros ocultos de Zapopan: la Biblioteca “Mathes” de El Colegio de Jalisco. Los distintos fondos que se unieron al que da justo nombre a la biblioteca, están convirtiendo a la institución no sólo en lar de propios investigadores, sino en providencial área en la que otros profesionales, tanto de Guadalajara como de otras ciudades del occidente mexicano, encuentran en los anaqueles bien dispuestos un acervo bibliográfico que está coadyuvando de forma decisiva al empuje de las ciencias sociales.

En suma, tras este sucinto esbozo, dedicado a seis delfines que creyeron que El Colegio de Jalisco es un buen acuario en el que empezar a nadar antes de desbordar las fronteras del ancho mar, debiera sintetizar lo que para mí es El Colegio de Jalisco en solo tres palabras: “aquí es Jalisco”.